

Segundas transiciones

Santos Juliá, El País, 29/05/2005

HAY EN LA MANERA de gobernar a la que nos va acostumbrando el presidente Rodríguez Zapatero una secuencia realmente novedosa, que despierta un mar de expectativas y deja el ánimo como en suspenso, dando todo el mundo por sobrentendido que alguna carta tendrá guardada cuando arriesga tanto en los envites. Así ocurrió al prometer que el Parlamento español aceptaría cualquier proyecto de Estatuto que viniera respaldado por una amplia mayoría del catalán y así ha vuelto a suceder cuando ha presentado en el Congreso la propuesta de paz a ETA en el caso de que abandone las armas. Sólo por el hecho de dar estado público a unas políticas necesitadas de muchos recados y contactos previos se extiende la impresión de que ya se han dado pasos en la dirección deseada y que la fruta está madura, a punto de caer en tierra.

Pero esta manera de proceder, a la vez que despierta expectativas, eleva las apuestas, como se ha visto con toda nitidez en Cataluña: los mismos correligionarios del presidente han proclamado que una segunda transición, preñada de futuro, apunta en el horizonte. Pierden quizá de vista que el *copyright* "segunda transición" lo registró José María Aznar hace años; pero, en fin, Aznar es el pasado y de lo que se trata con esta nueva segunda transición es de abrir puertas al futuro. Si nos atenemos a lo prometido por el presidente, el futuro era hace unos meses que toda reforma estatutaria apoyada en una clara mayoría de diputados autonómicos sería aprobada sin más. Saboreando tan delicioso manjar, los diferentes grupos del Parlamento catalán han apostado naturalmente al alza, presentando una propuesta mixta de Estatuto y financiación destinada a hacer realidad la España plural bajo una retórica federalista que envuelve en realidad un contenido confederal.

Cómo vaya a lidiar ese toro el presidente del Gobierno está aún por ver, pero donde antes dijo Parlamento dice ahora conferencia de presidentes, con la alarma natural de sus amigos catalanes. Allí, en la conferencia estarán andaluces y extremeños y, sobre todo, valencianos, que aprovechando el tirón se acaban de declarar, por amplia mayoría, nacionalidad histórica. Lo son, claro, porque ser nacionalidad o nación consiste en querer serlo. Y si el ejemplo cunde,

lo serán todos los demás: tal es el éxito del ahora denostado Estado de las autonomías: las nacionalidades históricas han empleado 25 años en "construirse" como nación, el mismo tiempo que han tardado las regiones en definirse como nacionalidades históricas.

De modo que, al final, lo que se pretendía evitar con la promesa presidencial -entendida por sus destinatarios como una segunda transición que corrigiera el café para todos de la primera dando luz verde a una relación especial de Cataluña con España o, en su defecto, con el Estado español- será lo que se reproduzca en versión, eso sí, ampliada. Si los catalanes finalmente aceptan llevar su propuesta ante sus pares, habremos dado un paso más en la dirección emprendida desde 1978, sólo que donde entonces se escribió nacionalidades y regiones, mañana se escribirá naciones y nacionalidades. Con lo cual hay, a lo mejor, para ir tirando durante otros 25 años a la espera de que el invento se escore finalmente hacia un lado u otro: o somos federales, y entonces es imprescindible aprender a hacerse fotos en el extranjero; o somos confederales y entonces habrá que ver cómo se maneja un artefacto carente por completo de un mínimo sentimiento de pertenencia compartida.

La segunda gran expectativa levantada por esta manera de gobierno tiene que ver con la más pesada carga que arrastramos también desde los años de la primera transición. Sólo que, entonces, ETA mataba una vez cada tres días y ahora lleva dos años sin matar: también aquí hemos recorrido camino. Pero con ETA, como bien se sabe, los caminos dan muchas vueltas y en los laberintos más vale no meter ruido si se quiere encontrar la salida. Ante el último atentado, el ministro del Interior ha recomendado que todo el mundo baje la voz: magnífico consejo que el Gobierno habría hecho muy bien en cumplir antes de echar la lengua a paseo. A lo mejor, sin meter ruido, es posible todavía cercenar de raíz cualquier expectativa que ETA haya podido acariciar de repetir lo ocurrido en la primera transición, cuando después de beneficiarse de una amnistía general aprobada por el Parlamento y diseñada específicamente para ella, respondió a las pocas semanas con una vuelta a las armas. Mucho hemos aprendido desde entonces, pero no tanto como para dejar de soñar segundas transiciones.

Falta discurso, sobra conversación

Santos Juliá, El País, 23/10/2005

ENTRE LAS COSTUMBRES de la clase política no se cuenta la de construir y pronunciar alguno de aquellos discursos que, en otros tiempos, bastaban para cambiar una situación o indicar la vía de salida de un conflicto. Es difícil encontrar hoy, en las intervenciones públicas de los políticos, un discurso digno de recuerdo: muy pocos resisten la lectura. Tal vez este radical empobrecimiento de la capacidad discursiva tenga que ver con la predilección por la entrevista o por el micrófono, ambos propicios a la ritual estocada al adversario, al recurso a lugares comunes o a las frases cortas fabricadas por algún especialista en mercadotecnia.

Con tanta abundancia de entrevistas y declaraciones fugaces, no se puede decir que la clase política no hable. Pero lo que sí se puede decir es que le falta palabra, en el doble sentido de la expresión: lo que se dice hoy ya no vale para mañana, y lo que se dice hoy o mañana carece por completo de aquella "facultad racional con que se infieren unas cosas de otras" en que consiste el discurso. Por ejemplo, del actual debate en torno a las reformas estatutarias sabemos que el presidente dispone de una alacena repleta de locuciones listas para su uso, simultáneo o alternativo; sabemos también que su patria es la libertad y que España es plural y Cataluña goza de fuerte personalidad, y no faltan exhortaciones para confiar en que al final todo encontrará una salida razonable gracias al diálogo y a la comprensión. Sabemos todo eso, sí, es verdad; pero no sabemos lo que piensa.

A lo mejor lo saben sus privilegiados visitantes; Carod, por ejemplo, o Artur Mas y hasta el inefable Maragall; pero el público no lo sabe. Podría en este momento objetarse: bueno ¿y qué importa que el público no lo sepa? La política ya no es lo que era: un conjunto de proposiciones sólidas de las que se infería una práctica posible. Ahora la política es más fluida, más líquida, como repiten los sociólogos familiarizados con Bauman. Ahora ya no hay proposiciones sólidas, que cada cual defiende hasta alcanzar fórmulas de compromiso o de consenso; ahora todo es conversación: a ver qué dices tú para saber qué tengo que decir yo. Nunca se ha conversado tanto como ahora: cada dos por tres vemos subir y bajar

los escalones del palacete de La Moncloa a un montón de gente a echar un rato con su inquilino. Luego salen y cada cual dice las pamplinas de rigor porque lo importante no es lo que han conversado, sino mantener la conversación. Habermas tendría que sentirse muy feliz.

De modo que quien eche de menos un discurso será rápidamente acusado de viejo carcamal. Y, sin embargo, por muy antigua que parezca, es preciso recordar una cosa: la política no es única ni principalmente conversación; la política es, ante todo, palabra pronunciada en la plaza pública. Pronunciada quiere decir que hay gente obligada a decirla y a sentirse comprometida por ella. Gente obligada a fijar una posición, a diseccionar un problema, a dilucidar en voz alta las vías de solución, a convencer de la bondad de sus propuestas, a batirse públicamente en su defensa. No hay política sin discurso público; sólo confusión e incertidumbre, o sea, conversación, que es de lo que andamos sobrados.

No se trata aquí del elogio al gran orador; se trata, simplemente, de que nos enfrentamos a una densa concentración de conflictos mayores, crecidos mientras conversábamos y que afectan o afectarán a la vida diaria de los ciudadanos, a la productividad de nuestra economía, a la demografía de nuestras ciudades, a nuestras relaciones exteriores, a nuestras identidades y, en fin, pero no en último lugar, a nuestro Estado. ¿Alguien sabe lo que de verdad piensa el Gobierno? ¿Alguien recuerda, consulta, cita, se inspira, en algún discurso pronunciado alguna vez por el presidente o alguno de sus ministros o portavoces? Sabemos, eso sí, que el presidente va a dejar como una patena el Estatuto, que nuestras relaciones exteriores son una maravilla de clarividencia, que nuestros escolares van a recuperar el abismo de atraso en lengua y matemáticas. Sabemos todo eso, pero lo que de verdad piensa el presidente y sus ministros sobre estas y otras cuestiones, ah, de eso no sabemos nada, porque de todo eso no hemos escuchado más que música celestial.

En semejante tesitura, no es extraño que, a pesar de lo bien que nos lo pasamos conversando, la oposición se encuentre ya, con Aznar marcando de nuevo el paso, a un punto de distancia del Gobierno. Y esto no ha hecho más que empezar.